

Querido Joe:

Perdona por haber estado sin comunicarnos tantísimo tiempo, pero tú ya sabes que mi vida no ha sido fácil. Para decir la verdad, he pasado por momentos muy crudos y amargos. Sí, esta ha sido la vida que me ha tocado vivir y que lleva la palabra "resignación" por bandera.

La vida no me ha sonreído demasiado. Los constantes problemas me han apartado del mundo. No soy una persona social porque me considero inferior a los demás; o eso me han hecho creer. No soy una persona fuerte porque nunca he luchado por lo que yo creía que podía llegar a alcanzar; o eso me han inculcado. No me siento querida por el entorno cercano que me rodea porque han desdibujado mi figura a fuerza de indiferencia. No tengo la capacidad para expresar lo que mi mente y mi corazón piensan porque me han callado la voz a base palabras de sumisión.

Hay días en los que todo es oscuro. Oscuro, muy oscuro. Sueños negros, amaneceres negros, soles negros, negras ideas que pasan por mi mente sin que de ellas pueda obtener nada positivo. La tristeza me mata. La tristeza me hunde en lo más profundo de la miseria. No soy capaz de vislumbrar más allá de mi propia soledad, aunque alrededor haya gente que me acompaña.

No puedo salir de esta cárcel hostil que me tiene atrapada en este mundo irreal que alguien ha construido para mí cual castillo encantado. Grito mas nadie me oye. Mis palabras son susurros incomprensibles ante los oídos de los demás.

Pero... tengo que contarte algo, mi queridísimo JOE. ¿Sabes? He conocido a alguien. Sí, a alguien. Todo ocurrió una mañana. Ese día fue distinto. Corrí las cortinas del salón y a través del gran ventanal contemplé con inquietante admiración un nuevo mundo. Más allá de toda la oscuridad que me había acompañado como perro fiel, al fin podía ver colores. Colores. Amarillos, verdes, rojos, toda la gama de azules, naranjas, violetas de diferentes tonos e incluso algún gris.

No me lo podía creer. Eso era la vida. La vida que yo ya había conocido con anterioridad y que sin saber cómo se había transformado en una oscura caverna.

He conocido a alguien, sí. Ahora creo en mí. Ya no voy a consentir más que nadie calle mi voz. Ya no permitiré que nadie me aparte a un rincón solitario. Ya no permitiré que nadie decida por mí. Ya no permitiré que nadie maltrate mi delicado cuerpo y mi frágil alma. Porque he conocido de nuevo el amor. Y me ha hecho sentir, de nuevo.

He conocido a alguien. Alguien fantástico que me ha acompañado siempre. ¡Y yo sin darme cuenta! Había estado ahí, conmigo, todo este tiempo. El día que todos se rieron de mí porque tartamudeé al hablar. El día que me insultaron porque mi talla de ropa no era la que los cánones de la moda

marcaban. El día que me marginaron porque algún iluminado de turno decía que yo era alguien distinto al grupo. Siempre, siempre había estado ahí.

Esa mañana fue mi salvación. Esa mañana decidí confiar en alguien. Y me di cuenta que todo podía cambiar. Esa persona que siempre había estado ahí se acercó sigilosamente, tímidamente. Noté su miedo. No era fácil lo que iba a hacer. Me lo iba a decir. Me iba a abrir de par en par esos ojos que habían estado ciegos, aunque sin vendas, a conocer el exterior y mi propio interior. Me iba a volver a enseñar que hay esperanza, verde esperanza. Me iba mostrar que existe la amistad sincera, el amor verdadero, la paz interior, la dulce confianza, la belleza simple.

Siempre había estado ahí... sí... conmigo. Acompañándome. No fue fácil. Pero tengo que contarte que he conocido a alguien. ¿Qué quién es? Pues ese alguien era yo. Yo mismo. Sí, yo. No sé cómo desaparecí o me dejé hacer desaparecer porque he vuelto con mucha fuerza; más fuerza de la que nunca he tenido. Y he vuelto para hacerme valer; para que nadie vuelva a pisotearme porque me consideran distinto (distinto ¿a qué?); para ya no sentir soledad ni tristeza; para expresarme siendo yo, enteramente yo; para vivir; para vivir una vida calmada no impuesta por una sociedad o por un amo que no ve más allá de sus ojos.

Era yo. Yo. He conocido de nuevo a ese yo que estaba silenciado, desaparecido, atrapado, menospreciado. Y ahora siento de nuevo amor... amor propio. Me amo. Me amo como persona. Me amo a mí mismo. ¿Narcisismo? ¿Eso piensas? Pues, no. ¿Valorarme es narcisismo? ¿Defenderme es narcisismo? ¿Luchar por mí? ¿Denunciar mi maltrato? No, mi querido Joe.

Ya tengo que despedirme. Estoy feliz. Quiero ser feliz. Porque cuando uno es feliz, la vida es mejor y los que están a nuestro alrededor se sienten mejor. Alguien dijo (ya sabes que no soy mucho de recordar nombres) que nosotros somos los artífices de nuestra propia historia. Pues yo quiero escribir la mía bonita, sincera, sencilla, tranquila; e ir corrigiendo nuestras faltas de ortografía; e ir encaminando nuestro relato a las circunstancias que el destino, el incierto fatum, nos tenga guardadas.

Espero que te alegres por mí. Porque amo. Amo. Amo. ¡Amo! Porque amarse a uno mismo no es narcisismo, es amor. Porque he conocido a alguien, a mí mismo, que me ha salvado de mi otro yo.

PD: Vuelvo a ver la gama de colores con la que se pueden pintar las paredes de nuestra existencia.